

THEY
TICKET
CIPM
ADAMS

ETICIDAD Y SER EN EL MUNDO

AIDA AISENSEN KOGAN

Uno de los problemas que plantea la antropología filosófica es el del origen de la eticidad. ¿De dónde proviene esa aspiración al bien que constituye uno de los rasgos característicos del hombre? En su obra *El aire y los sueños*, "ensayo sobre la imaginación del movimiento", Gaston Bachelard vincula la eticidad con las imágenes de elevación, aéreas. Es sin duda una vinculación frecuente, que se traduce incluso en figuras de lenguaje muy corrientes: una vida moral es una vida "elevada"; se sustentan "altos" propósitos si éstos concuerdan con las normas éticas, etc. Y en el campo de la filosofía, hallamos por ejemplo la famosa posición de Bergson que hace residir la fuente de la moral en el *élan vital*, al que no es desacertado interpretar, creemos, como un manar de energía que tiende hacia lo alto.

Pero lo peculiar de la concepción de Bachelard radica en que a su juicio las imágenes ascensionales no constituyen una "ilustración" de la vida moral, una manera metafórica de expresarla, sino que, por el contrario, "la preparan". Es importante a su entender que todo moralista analice el problema de la "expresión verbal de los hechos morales". Y, continúa, "Una tesis de la imaginación como valor psíquico fundamental como es la nuestra, plantea dicho problema en sentido contrario: se pregunta cómo las imágenes de elevación preparan la dinámica de una vida moral" (1).

Lo primario no estaría en las tomas de posición conscientes y voluntarias, regidas por una visión intelectual clara, sino en la dirección de la imaginación, a la que debe concederse su "justa primitividad". La solidaridad entre "el ser imaginante y el ser moral" sería entonces de acuerdo con este punto de vista, mucho más estrecha de lo que concibe la psicología intelectualista, "siempre dispuesta a tomar las imágenes por alegorías. La imaginación, más que la razón, es la fuerza de unidad del alma humana" (2). La prioridad le corresponde pues a las fuerzas de la imaginación (y esto no sólo en lo que atañe

(1) F.C.E., México, 1958, p. 176.

(2) *Ibid.*, p. 190.



a la vida moral, sostiene Bachelard, sino en cuanto a la totalidad de la vida psíquica y espiritual). Con respecto a lo que nos interesa dilucidar aquí, lo que se desprende es que del tipo de imaginación que predomine en una persona dependerá que se vuelque con mayor o menor intensidad hacia una orientación moral. (Precisamos ahora: es esa *orientación* hacia la moralidad, que puede darse en grados diversos, lo que merece llamarse eticidad, no la sola aspiración al bien, característica humana general). Por eso, textos que podrían creerse una tesis moral abstracta ejemplificada con imágenes literarias de elevación cobran un valor concreto. Creemos que esa “estetización de la moral”, como la califica el propio Bachelard, se apoya en una intuición importante, y que de manera indirecta implica también otras varias afirmaciones fundamentales para la interpretación de la vida del espíritu.

Implica, ante todo, una concepción estructuralista: las orientaciones de la vida espiritual — en este caso imaginación y moral — se hallan intervenculadas como miembros de una totalidad⁽³⁾. Juzgamos que lo que Bachelard afirma acerca de la conexión entre las dos direcciones que considera debe extenderse a los demás ejes en torno a los cuales se configuran las principales preocupaciones espirituales.

Pero, además, dar prioridad a la imaginación equivale a conceder un papel esencial a factores irracionales e inconscientes. Aun sin entrar a considerar la índole propia de la imaginación, puede afirmarse que el género de las imágenes preponderantes en la vida mental constituye un índice existencial, brota directamente de la particular tónica que asume en cada individuo su ser-en-el-mundo, pues la imaginación está ligada con un determinado temple afectivo y vital, con una especial sensibilidad, muchas veces inconsciente,

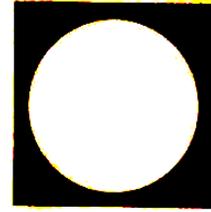
(3) Es verdad que Bachelard no subraya la articulación de las dimensiones que considera con ese todo o totalidad, pero sí su interdependencia de posición, su compenetración funcional mutua, y esto es suficiente para calificar de estructural su enfoque.



hacia ciertas facetas y cualidades del cosmos que no son enfrentadas con la objetividad propia de la vida inteligente, sino que son vividas irracionalmente, con la inmediatez y subjetividad de las experiencias corporales.

Bachelard distingue distintos tipos de imaginación material; el tipo ígneo, el aéreo, el terrestre y el áqueo, que predominan respectivamente en sendas clases de personalidad, y cada uno de ellos posee una afinidad temperamental con los cuatro elementos clásicos del cosmos y sus cualidades correspondientes. Se sueña bajo el signo del fuego, del aire, de la tierra o del agua, y esto significa una vía de acceso peculiar a la experiencia del mundo. Pero, en virtud de la solidaridad existente entre imaginación y moral, también alcanzan a la eticidad tales subestructuras irracionales de la personalidad, de vivencialidad fuertemente afectiva y aun orgánica. De este modo, la disposición moral involucra un tipo de respiración, por así decir, una cierta manera de *sentir* el mundo, y correlativamente el propio cuerpo.

Desde un enfoque distinto, el de la psicopatología, el psiquiatra Ludwig Binswanger apoya indirectamente estos puntos de vista con sus magistrales descripciones de las cualidades del mundo "vivido" en diversos enfermos mentales; esto es, de sus características temporales, espaciales, de colorido, iluminación y materialidad. En ellas no se hace referencia específica a la orientación moral de la existencia, pero se pone de relieve el carácter estructural, unitario, de tales mundos, que constituyen el ámbito en que transcurre realmente — es decir, vivencialmente — la existencia de cada cual. ¿Cómo se excluiría entonces la manera de vivir la eticidad, el mayor o menor peso que asume en una vida individual? Un proyecto de mundo puede describirse según categorías mecánicas, como las de presión y choque, o afectivas, tales como las de "horrendo y sospechoso", o corporales, como la de verticalidad, en la que las sensaciones predominantes serán aladas impresiones de ingravidez, de impulsión hacia las alturas, tal como, en otros casos, cuerpo y mundo pueden ser experimentados como apretados en un nudo, constreñidos, o en

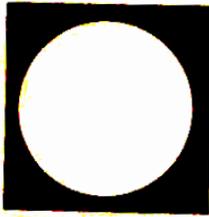


otros aún abrirse en una expansión luminosa ⁽⁴⁾. Pero todos estos aspectos materiales, o afectivos, así como también temporales y espaciales, aspectos que se interrelacionan en una fuerte unidad totalizadora, con la interdependencia propia de los miembros de una estructura, deben suponer igualmente, sostenemos, el predominio de sendas dimensiones espirituales, esto es, de determinadas valorizaciones. En efecto, la verdad, la belleza, o, lo que nos interesa ahora en especial, el bien, se hallan ligados respectivamente con una u otra de tales dimensiones.

Binswanger se interesó sobre todo en revelar la índole tiránica del mundo vivido en los estados psicopatológicos, que llega a revestir el carácter de una rígida y estrechante sujeción; en el estado normal no se da esa férrea limitación del proyecto de mundo, porque el temple afectivo y vital coexiste con una razón objetivamente no perturbada y lo bastante poderosa para poder situarse más allá de las experiencias primigenias y comprender incluso las ajenas. Sin embargo, también en el hombre sano predomina una determinada gama espiritual, emocional y vital, en medio de los variables estados de ánimo e intereses, de la que depende lo que es en definitiva lo más decisivo: el sabor y hasta el sentido de cada vida individual.

No por eso debe entenderse que capacidades espirituales tales como el don de apreciación estética, por ejemplo, o el de reconocer valores morales —y obrar en conformidad con ellos— dependan de una configuración especial del ser-en-el-mundo. Por el contrario, son posibilidades abiertas indistintamente a todos los seres humanos, pero es cierto, a la vez, que de tales configuraciones, de una tesitura global de la que participan incluso el esquema corporal y esas formas de nexos irracionales con el cosmos que son las imágenes, depende la orientación hacia una cosmovisión *primordialmente* estetizante, reli-

(4) Véase, entre otros trabajos de Ludwig Binswanger, *La corriente de investigación analítico-existencial en psiquiatría*, en "Psiquiatría existencial", Editorial Universitaria, Sgo. de Chile, 1962.



giosa, lógica o, lo que queremos destacar, ética. Aprender la realidad *sub specie etica* es un proyecto de mundo propio sólo de ciertas personalidades, que son llevadas a ello no por una resolución racional y consciente, sino por la estructura total de su ser-en-el-mundo. Y el proyecto de mundo concomitante constituye de manera inevitable tanto un esquema ordenador de la realidad — de la realidad interhumana sobre todo — como una meta perseguida; vale decir, se relaciona intrínsecamente con un sistema de valores, pues al concebir el mundo estructurado según ciertos rasgos éstos son valorados positivamente y se propende a acentuarlos.

Bachelard enfatiza con toda razón el papel esencial que desempeña la imaginación dentro de la totalidad del ser-en-el-mundo; “fuerza de unidad del alma humana” la denomina; pero no compartimos su posición de que sea anterior o promotora de otras dimensiones psíquicas o espirituales; todas ellas contribuyen con iguales títulos, interactuando en una íntima trabazón mutua, muchas veces conflictiva, a la elaboración del proyecto de mundo, porque todas emanan directamente de ese sentido total de la existencia que es el ser-en-el-mundo. En lo que atañe, nuevamente, a la imaginación, el animismo que le es propio, tan ricamente ilustrado por Bachelard en sus estudios sobre las imágenes literarias, revela de manera ejemplificadora la falta de escisión entre sujeto y objeto que caracteriza ese sentido total, pues la “proyección” (en el sentido psicoanalítico) que traducen las imágenes se debe a que surgen simultáneamente de los estados internos del ser imaginante, incluidos sus anhelos y sus valoraciones, y de su percepción exterior.

Así, no es que la eticidad posea como “antecedente” un determinado tipo de imaginación; no sucede, como afirma Bachelard, que las imágenes de elevación “preparen” la vida moral, sino que imaginación aérea y disposición moralizante de la vida espiritual constituyen, junto con otras facetas, una estructura igualmente originaria en todos sus miembros. Entre éstos, queremos repetir, se cuentan los que pertenecen a planos más profundos (en el sentido psicoanalítico, también) que las resoluciones conscientes y la visión clara compartida por todos, planos distintos de aquellos sobre los cuales el hombre posee un dominio pleno.

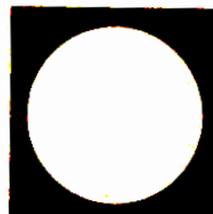
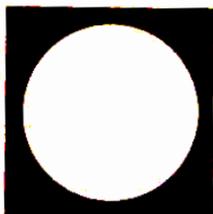
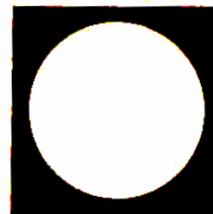
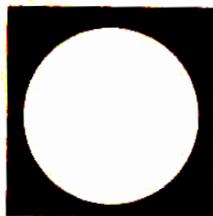


Además, Bachelard está en lo justo al afirmar que una orientación predominantemente moral de la personalidad se manifiesta en el campo de la imaginación como onirismo ascensional, de elevación, centrado en el aire como materia fundamental. Por eso, las imágenes características del estilo de Nietzsche, poeta "aéreo", "nos entregan una física experimental de la vida moral. Interpretan cuidadosamente las mutaciones de imágenes que deben inducir las mutaciones morales" (5). Pero esta vinculación sólo es posible si se interpreta la eticidad no como una trama de normas obligantes, sino como libre aspiración al bien. Cuando no es esto, cabe interpretarla como signo de una desviación en el recto crecimiento psíquico; es una moral superyoica, con todo lo que esto implica de sentido opresivo del deber y de culpa. La diferenciación establecida por Bergson entre las dos fuentes de la moral se funda en la percepción de esta pseudoeticidad, socialmente útil dentro de ciertos límites, pero que no puede confundirse con la eticidad real. En ésta, la impulsión hacia una plena autorrealización moral brota directamente de un ser-en-el-mundo libremente desplegado, no bloqueado ni desviado por presiones psicológicas o sociales.

Las múltiples tipologías psicobiológicas con que se ha intentado hallar los ejes que posibiliten una clasificación de los tipos humanos se estructuran en torno a factores irracionales de la personalidad — los rasgos constitucionales y temperamentales que se consideran suponen, desde luego, un modo determinado de "sentir" el mundo y de obrar espontáneamente en él, no posiciones objetivas —, y proporciona una prueba de que muchas de ellas se hallan bien encaminadas, el hecho de que en significativo número de casos se pueden descubrir correlaciones mutuas, pero lo que hemos querido subrayar es que cada temple vital incluye también la preferencia por determinados valores (6), y que por ende la eticidad, que consiste en colocar

(5) *El aire y los sueños*, p. 187.

(6) Esto implica también que la axiología, al establecer los distintos valores, clasificó a la vez, independientemente de que puedan afinarse más las investigaciones, diversos tipos humanos y correlativamente concepciones del mundo,



el bien en la cima de la jerarquía axiológica, se interpenetra con facetas muy diversas de la personalidad.

Desde un enfoque distinto del de la psicobiología, como eligiendo un polo opuesto, Eduard Spranger clasificó sus seis "formas de vida" atendiendo a los valores que orientan primordialmente una existencia, pero, aunque hay mucho de válido en esta concepción, no son factores puramente axiológicos los que determinan las "formas de vida".

Es una de las más importantes tareas de la antropología filosófica, en la que la psicología debe prestar un auxilio esencial, determinar los núcleos en torno de los cuales se organizan preferentemente las vidas humanas, núcleos constituidos en cada caso individual por una valoración privilegiada, por un tipo de imágenes en que se mueve más espontáneamente la fantasía, por una manera de vivir el mundo de cosas y de personas y hasta de sentir el propio cuerpo. Los esfuerzos de Bachelard, de Binswanger, de Spranger, en conjunción con lo establecido por diversas tipologías psicológicas y psicobiológicas, significan un avance notable hacia esa meta de fijar las tonalidades esenciales de la vida humana considerada en su totalidad. Lo que nos interesó señalar en particular es que la eticidad, esto es, la dirección predominante de la existencia hacia los valores morales, arraiga en una de esas configuraciones globales, caracterizada igualmente por la imaginación aérea.

en suma, estructuras básicas de la existencia (a modo de conjetura sugerimos la siguiente correlación: valor sumo, bien; proyecto de mundo, aéreo; esquema corporal, leve, ingrávido; tipo de imaginación, ascensional), y que la dificultad en sentar una jerarquía axiológica absoluta radica en tales afinidades existenciales.